

LAS VACILACIONES ITALIANAS

Los peritos esperaban de la consulta hecha a los electores italianos una respuesta positiva a favor o en contra de «la apertura a la izquierda». ¿Iba a aprobar el pueblo soberano la alianza de la democracia cristiana y de los partidos socialistas que recomendaba el presidente del Consejo Amintore Fanfani, o condenarla, como se lo pedían sus adversarios? Pero varios meses de polémicas y de discusiones apasionadas, lejos de agrupar a los italianos en torno a una de las tesis en presencia, los han dividido aún más. De ello resulta una situación confusa que hará difícil la tarea de los gobiernos en el transcurso de la legislatura que se inicia.

Los agoreros electorales, después de haber estudiado los sondeos, habían emitido sus profecías antes del escrutinio del 28 y 29 de abril. La democracia cristiana debía mantener poco más o menos sus posiciones. El partido comunista retrocedería un poco. Los dos partidos socialistas podían ganar de 2 a 3 por 100 de los votos. Los liberales tenían probabilidades de pasar de 3,5 a 7 u 8 por 100 en perjuicio de la extrema derecha. Este análisis era exacto en lo que respecta a los socialistas demócratas, los liberales y la fracción de la extrema derecha que representaba a los monárquicos. Se equivoca en dos puntos importantes: de una parte, los dos protagonistas de la apertura a la izquierda, la democracia cristiana y el partido socialista dirigido por Pietro Nenni, han retrocedido; de otra, los comunistas han ganado 17 millones de votos, lo cual les permite dárseles de vencedores de la batalla. En fin, si bien el partido monárquico se ha derrumbado, los neo-fascistas del M. S. I. han progresado ligeramente, extremo éste digno de considerar si se piensa en la campaña de propaganda casi permanente que a través de la prensa, los libros e incluso el cine, la «Italia legal» hace contra la sombra de la dictadura.

El inesperado avance de los comunistas ha impresionado tan vivamente a

los observadores de la política italiana, que a veces han llegado a conclusiones erróneas, cuales hablar de la derrota de la democracia cristiana cuando habría que decir que ha sufrido un revés. En efecto, los demócratas cristianos han conseguido aún 11.763.418 votos, o sea el 38,3 por 100 de los sufragios expresados. Han perdido 757.138 votos. Su retroceso es tanto más sensible cuanto que el cuerpo electoral comprendía cuatro millones más de nuevos ciudadanos. Pero ese retroceso, por el momento, no es mortal. Tiene un antecedente. En 1953, la democracia cristiana perdió aproximadamente dos millones de votos con relación a las cifras de 1948 (10.863.032 votos en lugar de 12.741.299), sin que ello le hiciera perder la dirección de los asuntos italianos. Por tanto, hay que guardarse de enterrar prematuramente al mayor de los partidos italianos. Es normal que un partido que gobierna desde hace más de quince años, acuse el desgaste que provoca el poder. Lo que parece más inquietante es que a la disminución progresiva del porcentaje de los votos de la democracia cristiana corresponda un aumento paralelo de los grupos marxistas. En 1948, el partido de Alcide de Gasperi lograba el 48,5 por 100 de los votos. Bajo Amintore Fanfani, no tiene más que el 38,3 por 100 de los mismos. Paralelamente, el partido comunista y el partido socialista nennista, que tenían el 31 por 100 de los sufragios en 1948, alcanzaron el 39,1 por 100 en las últimas elecciones. Es decir, que la panacea demócrata cristiana, válida para la generación que había presenciado el derrumbamiento del fascismo y las sangrientas represalias de los partisanos, ha perdido progresivamente de su eficacia contra el virus revolucionario.

Nada más comprensible, por supuesto. En mayo de 1945 sólo había dos fuerzas en presencia: los revolucionarios dirigidos por los comunistas y la Iglesia. Los primeros, a favor de la lucha contra Alemania y la República fascista, habían atraído a sí a muchas personas que no tenían nada de marxistas. La segunda agrupaba no sólo a los cristianos, sino a muchos burgueses o antiguos fascistas que, como Thiers en 1848, pensaban que había que «arrojarse en brazos de los obispos». Es probable que en 1945, sin la presencia de las fuerzas militares aliadas, los «partigiani» hubieran conquistado el poder, como lo conquistaron sus camaradas de la Europa oriental y de ciertos países balcánicos merced al apoyo del Ejército soviético. Pero desde el fracaso de Atenas, los comunistas sabían que no podrían dar un golpe de fuerza en un país controlado por los anglosajones. Les quedaba preparar el porvenir colaborando con los demócratas

cristianos y los liberales en el seno del Ministerio Parri y, más tarde, al disolverse la coalición del C. L. N., a afrontar la lucha electoral.

Quien ha asistido en aquella época a la batalla de propaganda entre los dos grandes partidos en lucha, no ha podido sustraerse a una impresión de sorpresa ante los enormes recursos de que disponían. Un partido considerado como capitalista, cual el partido liberal, distaba mucho de poder llevar a cabo un esfuerzo análogo. En cada pueblo, los representantes de la democracia cristiana—sostenidos por las asociaciones religiosas, la Acción Católica y con frecuencia por los eclesiásticos—se enfrentaban con los «rojos», que, con sus militantes y la poderosa Confederación del Trabajo, ocupaban por doquier sólidas posiciones. La democracia cristiana, sin embargo, disponía de más bazas. El voto de las mujeres le brindaba una amplísima clientela asequible a los consejos del clero, que recordaba tenazmente las enérgicas condenas del comunismo hechas por los Papas Pío XI y Pío XII. La desaparición del fascismo le daba la adhesión de una numerosa clientela desorientada, que buscaba a qué agarrarse. En fin, los comunistas y sus aliados socialistas habían causado miedo al llevar a cabo duras represalias contra los fascistas que se habían mantenido fieles a Mussolini y que a veces se habían desembarazado, con los mismos procedimientos expeditivos, de notables y de curas de pueblos calificados de «enemigos del pueblo». La persistencia de focos de terrorismo, como «el triángulo de la muerte», en ciertas regiones de la Italia septentrional, en el transcurso de los primeros años que siguieron a la paz, era de naturaleza a impresionar a una opinión pública que aspiraba a reconstruir, dentro de la tranquilidad, a un país en ruinas. Así se creó la prepotencia de la democracia cristiana.

El éxito alcanzado, el prudente gobierno de De Gasperi y la considerable ayuda que los americanos le prodigaron, para permitirle consolidar la democracia liberal italiana, acarrearón el éxito de la política de prosperidad. Para una propaganda bien orquestada y dotada de poderosos recursos, fué fácil demostrar al país que una Italia liberada de los espejismos romanos del fascismo y que consagrara su genio al trabajo, podía vivir feliz en un «confort» que se ampliaría de año en año. De Gasperi y sus sucesores decían poco más o menos como el hugonote Guizot: «enriqueceos por el trabajo». La prosperidad ayudando, este programa atrajo a gran parte de los italianos, cuyo amor propio nacional recibía, por otra parte, algunas compensaciones, como el retorno de Trieste a la madre patria y un puesto de honor concedido a los representante de Roma en las organizaciones de Europa. Estas fueron las razones por las que la democracia cristiana pudo

gobernar sin tregua a su país desde la formación del primer ministerio De Gasperi, e incluso después de la muerte de su *leader*.

Sin embargo, éste no tuvo un sucesor que gozara de una autoridad semejante a la suya. A falta de un árbitro respetado, las divergencias que existían entre las diversas corrientes del partido se pusieron de manifiesto e incluso se enfrentaron. Por no disponer de la mayoría absoluta en las asambleas legislativas, la *democracia cristiana* hubo de buscar aliados. Durante tiempo le bastó el apoyo de los partidos democráticos del centro, del pequeño grupo de «republicanos históricos» y de los socialistas demócratas de Saragat a su izquierda y de los liberales a su derecha. Pero resultaba difícil mantener el equilibrio entre los primeros, que pedían reformas sociales, y los segundos, que se oponían a las mismas. Los sindicalistas de la *democracia cristiana*, dirigidos por Pastore, y los reformadores como Fanfani, se inclinaban por satisfacer a Saragat. Incluso han ido aún más lejos estos últimos tiempos al tender la mano al jefe de los socialistas revolucionarios, Pietro Nenni. Este, a raíz de la guerra, había concluido una estrecha alianza con el *leader* comunista Palmiro Togliatti. Ex compañero de Mussolini en 1919, convertido luego en su irreductible enemigo, por odio al fascismo, había mantenido la colaboración de su partido con los comunistas y había dado pruebas de sólido anticlericalismo en su lucha contra la *democracia cristiana*. Pero la campaña antiestalinista de Kruschew provocó un enfriamiento notable en las relaciones del jefe del socialismo y de Togliatti. Los dirigentes de la izquierda demócrata cristiana tramaron entonces aprovechar esta situación para aislar el partido comunista atrayendo a los socialistas de Nenni hacia la coalición gubernamental. La operación presentaba un inconveniente: había de provocar el divorcio de la *democracia cristiana* y de los liberales. Pero Amintore Fanfani y sus amigos se las prometían muy felices porque los socialistas detentaban en el Parlamento más escaños que los liberales. Pensaban que la alteración de las alianzas tendrían por efecto la aceleración de las reformas de estructura que estimaban indispensables para consolidar la *democracia italiana*, en tanto que la alianza con los liberales las frenaban. «La apertura a la izquierda» debía realizar la República moderada y reformadora, única capacitada para extender la prosperidad de las masas y sustraer las capas sociales desheredadas a la influencia del comunismo. Por tanto, era preciso llevarla a cabo.

Estos argumentos convencieron en tres cuartas partes al secretario del partido, Moro, dirigente del centro de ese partido, y a los delegados del último Congreso de Nápoles, que dieron la razón a Fanfani contra los

dirigentes de la derecha, Scelba y Pella. El gabinete Fanfani pudo, pues, gobernar con el apoyo en el Parlamento de los nennistas—que habían quedado fuera del Ministerio—, en tanto que los liberales encabezaban la oposición. El precio de la alianza con Nenni era la nacionalización de las industrias eléctricas y la creación de nuevas regiones autónomas. El primer punto se ejecutó. El segundo está en los limbos, porque muchos italianos—incluso en la D. C. y el partido socialista—, aún apegados al ideal centralista del Risorgimento, consideran peligrosa esta experiencia.

Sin embargo, el partido católico tenía tantas bazas en la mano que se estimaba en general que, una vez más, conseguiría la victoria sin dificultades. Posteriormente, se han encontrado, naturalmente, muy buenas explicaciones de lo sucedido. Unos han acusado a los trabajadores meridionales transplantados en el Norte de haberse dejado ganar por el comunismo. Otros han hablado del particularismo de la D. C., de casos de corrupción—conocidos o encubiertos—, que habían incitado a muchas buenas personas a pasarse a la oposición de la derecha o de la izquierda; de la ambigüedad de su programa. Hay algo cierto en todo esto. También hay acaso que el alza creciente del costo de la vida y los aumentos de contribuciones han alejado a electores del partido mayoritario. En todo caso, mientras Italia no ha sido nunca tan próspera como ahora, el partido en el poder ha perdido votos y los comunistas han batido su récord electoral. Hay en tal paradoja motivo para confundir a los estrategas de la Casa Blanca y del Departamento de Estado que pensaban que con la apertura a la izquierda y la extensión de la prosperidad habían de sanar los males políticos de Italia.

Los resultados de la consulta del 28 de abril, ¿pueden atajar la política de deslizamiento hacia la izquierda y sustituirla por otra? Ello dependerá sin duda de las reacciones de la democracia cristiana ante un relativo fracaso que sus dirigentes bien pueden considerar como una seria advertencia. Hay un hecho incuestionable. En la antigua Cámara, la coalición de la democracia cristiana, de los socialistas demócratas y de los republicanos históricos tenía—escasamente—la mayoría absoluta (301 votos de 596). En la nueva, ya no la tiene (299 votos de 630), no más que en el Senado (147 escaños de 315). La democracia cristiana, que sigue siendo el partido más numeroso de la Cámara, tiene ante sí cuatro soluciones:

Primera. Volver a la antigua coalición, desde los socialistas demócratas hasta los liberales—lo que le proporcionaría una débil mayoría parlamentaria (338 escaños en la Cámara y 156 en el Senado). Pero tendría que

renunciar entonces a las reformas de estructura que sus aliados de la derecha no le permitirían llevar a cabo.

Segunda. Proseguir en la apertura a la izquierda que daría al gobierno una mayoría bastante confortable (336 votos en la Cámara y 191 en el Senado), pero en tal caso sería indispensable el apoyo de los socialistas de Nenni, lo que convertiría a aquél en árbitro de la política italiana.

Tercera. Establecer una alianza con la derecha. En tal caso, para tener una mayoría precaria, tendría que apoyarse en los «neo-fascistas» del M. S. I. Mas la experiencia del gabinete Tambroni, en el transcurso de la anterior legislatura, ha mostrado que el ala izquierda de la D. C. era violentamente hostil a una combinación de este tipo y que la extrema izquierda aprovechaba ese pretexto para echar a la calle a sus pistoleros. En fin, el odio de los demócratas hacia el fascismo podría incitar a los socialistas de Saragat y a los republicanos a unirse con los comunistas en ese frente antifascista que Togliatti aún trata de crear. Es por tanto poco probable que semejante solución sea adoptada durante la legislatura.

Cuarta. Al no poder organizar una cualquiera coalición, resignarse a un ministerio demócrata cristiano que iría tirando y preparando eventualmente nuevas elecciones de las que acaso saliera una respuesta clara.

En teoría, es la solución de Fanfani la que agruparía la mayoría más amplia. Pero no está demostrado que sea fácil aplicarla, ya que los demócratas cristianos, lo mismo que los socialistas de Nenni, están divididos respecto a la oportunidad de proseguir una política que ha provocado el retroceso electoral de los dos aliados.

En el seno de D. C. no faltan elementos que acusan a Fanfani de llevar a Italia y al partido al borde del abismo. La apertura a la izquierda—así lo comprueban—, lejos de debilitar al partido comunista, lo ha fortalecido. El teórico del comunismo italiano, Grasci, había profetizado que los demócratas populares preparaban el camino al comunismo. «Los populares—escribía en 1922—representan una fase necesaria en el proceso de desarrollo del proletariado italiano hacia el comunismo. Crean la asociación, crean la solidaridad allí donde el socialismo no podría hacerlo... El catolicismo democrático hace lo que no podría hacer el socialismo: amalgama, ordena, vivifica y se suicida.» A fuerza de entablar juicio contra el egoísmo de los que poseen, contra la injusticia de la sociedad capitalista y de los «fascistas asesinos», los demócratas cristianos de izquierda y ciertos aspectos de la política vaticana, inspirada por otras preocupaciones que la política italiana—señaladamente la recepción del yerno de Jruschev, Adjubéi,

por S. S. Juan XXIII—, hicieron creer a parte del cuerpo electoral que las condenas del comunismo eran caducas y que se volvía con toda suavidad a los tiempos en que demócratas cristianos y marxistas colaboraban en el seno de la C. L. N. contra el fascismo. Resulta significativo, por ejemplo, que sea en Florencia, en el feudo del más ardiente de los campeones del acercamiento a la extrema izquierda, el profesor La Pira, donde la D. C. ha sufrido el más sangriento fracaso, ya que cae de 99.794 votos en 1958, a 38.328, mientras que los comunistas pasan de 77.830 a 102.189. El centro y la derecha de la democracia cristiana sacarán sin duda buenos argumentos de este hecho para afirmar que la política equívoca del ala izquierda del partido ha de ser abandonada y que la democracia cristiana tiene que volver a su papel de 1948, sea de escudo de la Italia católica contra el asalto comunista. Si aquéllos se imponen, el profesor Fanfani volverá a ocupar por algún tiempo su cátedra y dejará el puesto a un moderado, como el ministro del Interior, Taviani, o tal vez el ministro de Industria, Colombo, o acaso Adreotti. Lo cual no pretende decir que si la experiencia de la apertura a la izquierda se interrumpe, no se reanudará posteriormente.

No está demostrado, por lo demás, que si la democracia cristiana se obstinara en seguir por el camino actual, hallaría a un Pietro Nenni dispuesto a seguirlo también. El viejo hombre político socialista ha tropezado a su vez con críticas dentro de su partido. La izquierda—los «carristas»—le ha reprochado que abandonara la unidad proletaria para acercarse a la burguesía católica. La derecha aspira a una verdadera alianza que proporcionara a ciertos «honorables» parlamentarios un puesto en los Consejos de gobierno y el título de excelencia. El resultado es que el partido se ha estancado: si bien ha ganado unos miles de votos y tres escaños con relación a 1958, su porcentaje ha disminuído ligeramente (de 14,2 a 13,8 por 100). Pero a su izquierda, los comunistas han ganado un millón de votos y, a su derecha, los disidentes de Saragat han mejorado asimismo sus posiciones (525.000 votos y 1,66 por 100). Pietro Nenni puede deducir del empuje hacia la izquierda del 28 de abril que hay que volver a la corriente revolucionaria de la postguerra y combatir la democracia cristiana. O bien puede aceptar una colaboración activa con ésta y exigir cierto número de ministerios importantes—el de Asuntos Exteriores, se ha dicho—y la puesta en práctica de gran parte de su programa. Es una suerte que Pietro Nenni no tenga la flexibilidad y las cualidades maniobreras de Togliatti. Sin embargo, es probable que intente desempeñar el papel de árbitro de la política italiana. Queda por ver si lo conseguirá.

Todo ello, se echa de ver, es en extremo flotante. Por falta de una mayoría estable, las formaciones gubernamentales corren seriamente el riesgo de dislocarse con frecuencia en razón de las oposiciones de principios de los partidos que en ellas estén representados. Es cierto que Italia es el país de las buenas componendas, de las maniobras sutiles y puede ser que se constituyan «ententes» imprevisibles. Con todo, preciso es que duren.

* * *

En cambio, no parece que las elecciones acarrearán grandes cambios en la política exterior italiana. Del Partido Socialista Democrático al M. S. I., la mayor parte de los partidos italianos han afirmado su fidelidad a la Alianza Atlántica y a Europa. El mismo Nenni ha renunciado, al parecer, a una condena categórica de la alianza militar atlántica. Sólo el partido comunista se opone a ésta. Pero, por el momento, no parece llamado a salirse de su papel de oponente. Ello no quiere decir, se evidencia, que un gobierno «abierto a la izquierda», en el que Pietro Nenni dirigiera los Asuntos Exteriores, por ejemplo, practicaría exactamente la misma política que una formación del Centro en que la política exterior correría a cargo de Piccioni o de Pella. En el primer caso, Italia trataría probablemente de evitar la peligrosa misión de cobijar en sus puertos los submarinos portadores de Polaris y celebraría la reducción de las bases aéreas americanas en su territorio. También es probable que manifestaría su hostilidad teórica hacia los gobiernos autoritarios, hacia los Estados «colonialistas» y que tendería acaso a mejorar sus relaciones con el mundo comunista, sin romper por ello con sus aliados de Occidente.

Con un demócrata cristiano moderado, se proseguiría buenamente la política actual, tal vez con algo más de cordialidad hacia la Francia de la V República. En todo caso, Italia ha sacado ventajas demasiado sustanciales del entendimiento con Estados Unidos y con sus compañeros del Mercado Común para que renuncie a tales ventajas. Sería preciso para ello que los comunistas pudiesen acceder al gobierno e inspirar una política de neutralismo. No es del todo imposible que una experiencia de Frente Popular no se intente en el transcurso de esta legislatura. Mas para que fuera duradera e impulsara un cambio radical de la política italiana, preciso fuera que el ala socializante de la democracia cristiana se escindiera para unirse al bloque marxista. Nada indica por el momento que esta eventualidad sea próxima.

Por ahora los aliados occidentales de Italia pueden contar con ella. Sin embargo, parece ser que en Washington causa preocupación el que las posiciones demócratas cristianas sean roídas por los comunistas. El programa de prosperidad y libertad adobado con reformas sociales del partido mayoritario italiano correspondía a las ideas y a los sentimientos del presidente Kennedy. Pero el fracaso de la fórmula es evidente. Mas, ¿cómo revivificarla o sustituirla si en nombre de los grandes principios democráticos se deja que Palmiro Togliatti, sus lugartenientes y sus intelectuales libres expongan sus teorías y se infiltren a sus anchas en todos los sectores de una población a la que se puede seducir fácilmente hablándole de felicidad y de los mañanas que cantan?

CLAUDE MARTIN.